

MITOLOGÍA Y UTOPISMO DEL AZÚCAR

Eduardo Rosenzvaig

Facultad de Artes-UNT Tucumán, Argentina

Ninguna otra producción de origen rural, provocó en el interior argentino una organización utópica tan compleja como la del azúcar. Frente a ella, una mitología más bien pobre, de imágenes recurrentes. El azúcar no es para hablar, no tiene leyenda ni origen, está ahí y hay que "trabajarla".¹ Sin embargo, lo original parece ser aquí el contrapunto, refriega y ósmosis entre utopía y mito azucarero.

Otras dos explotaciones clásicas del interior argentino: el quebracho y la vid, no alcanzaron a igualar al azúcar. El quebracho inició una fuerte y alucinante mitología, pero su rápida extinción dejó un cuadro incompleto. Sus formas de explotación semiesclavistas reprodujeron las del azúcar del periodo 1876-1896. La vid en cambio, no parece haber creado una simbología de esta profundidad, entre otras razones, por su estructura capitalista más homogénea, la atracción decidida del inmigrante, y las formas de la tenencia de la tierra relativamente equilibradas.

Latifundios forestales de la extensión de países europeos en el caso del quebracho; el choque insoportable entre el latifundio y el minifundio en el caso del azúcar tucumano, constituyen el piso sobre el que se levanta la cosmovisión utópica.

Todo orden social se mantiene unido por un sistema de mitos.

¹ Rosemberg, T., *Folklore ergológico. El cultivo y la recolección de la caña de azúcar*. Boletín de la Asociación Tucumana de Folklore, Tucumán, año III, vol. II, nov.-dic. de 1952, núm. 31-32, pp. 68-73.

Ninguna sociedad puede conservar cierta estabilidad a menos que los mitos sobre los que descansa, permanezcan como valores fundamentales.² De ahí que la constitución del mito esté ligada estrechamente a la cosmovisión de los grupos que ejercen la dirección de la sociedad y/o el Estado. Creado éste último frecuentemente como una función más del poder, desciende para constituirse en parte orgánica de la cosmovisión de los grupos dominados. Al mismo tiempo, cuando los últimos no pueden, no saben o no tienen cómo mantener su independencia, elaboran las utopías. Históricamente, cuando una clase social estuvo en condiciones de reestructurar el mundo, no necesitó ya de utopías, sino de programas reales (topías).

El lenguaje utópico-mítico en el azúcar argentino sufre procesos de riqueza y empobrecimiento relativos, en ciertas fases estrechamente vinculados a la evolución de la industria y al desarrollo interno de los grupos y clases. Lo más general en este proceso fue la elaboración de los mitos del PROGRESO, y las utopías de la LIBERTAD.

1. PRIMERA FASE (1876-1896)

Corresponde al periodo de la incorporación de la revolución industrial al azúcar. Es el momento clave de la creación mítica y utópica. No poseemos datos de tales formas de psicología e ideología sociales durante el anterior periodo manufacturero (1850-1876); pero de existir, se habrían caracterizado con seguridad por la pobreza de imágenes, irrelevancia utópica y falta de definición en el caso de los mitos. Un indicio de ello es que no llegaron a la fase industrial siguiente. Se consumieron en sí mismas, o no sirvieron para la nueva etapa.

En las dos décadas finales del siglo, los industriales del azúcar trazaron el mito del PROGRESO. Tuvo éste, originalmente, una *función externa*: con él se debía obtener en Buenos Aires la protección aduanera necesaria, los créditos de los bancos estatales, las fran-

² Vogtle, A., *Revelación y mito*, Barcelona, Herder, 1965. Guirard, F., *Mitología General*, Barcelona, Labor, 1960.

quicias, la exención impositiva y todo otro elemento que ayudara a la formación del capital originario.

El PROGRESO que significaba una gran fábrica —entre las más grandes, de mayor concentración de capitales, mano de obra y fuerza motriz de la Argentina de entonces— debía descender y captar la fantasía de todas clases y grupos sociales de las provincias de economías atrasadas: Tucumán, Salta, Jujuy y Santiago del Estero. He aquí su *función interna*.

El PROGRESO debía hacer que las sociedades provincianas —en lo fundamental los poseedores no azucareros (ganaderos, comerciantes, profesionales, manufactureros, pequeños industriales, prestamistas)—, permitieran que cuarenta familias del norte utilizaran a su arbitrio y en su beneficio, es decir del PROGRESO, los recursos de los estados provinciales. Pero estos fondos no eran ilimitados, se formaron entonces grupos de poder que chocaban entre sí por la apropiación de "paquetes" de beneficios, los que sobrarían para unas pocas fábricas pero que serían inevitablemente escasos si debieran prorratearse entre todas. Al final se dieron encontronazos armados como las rebeliones del 87 o del 93 en Tucumán, donde los restantes núcleos de poseedores se sumaban a uno u otro grupo azucarero como socios menores.³

Las imágenes del PROGRESO se coloreaban con los tonos de las alineaciones políticas externas en Buenos Aires, y las ofensas y acciones armadas en las aldeas. La acumulación originaria de capitales era tan intensa y el contraste entre la industria y el atraso agrario tan formidable, que el mito del PROGRESO convencía al más escéptico, revolvía las noches del más tranquilo habitante provinciano, despertaba pasiones, locuras y muerte. El sistema nervioso del PROGRESO era excitado una y otra vez bajo los impulsos eléctricos de la "fiebre" del oro blanco.

La acumulación originaria, pero sobre todo la inexistencia de un mercado capitalista de trabajo, condujo a formas de explotación de tipo esclavista: las *leyes de conchabo*. Atados los trabajadores a las haciendas azucareras, no sólo perdían su libertad individual, sino que con ello desaparecía todo estímulo laboral. Era como si se tratara de inventar una clase obrera no asalariada. Obreros que

³ Rosenzvaig, E., *Historia Social de Tucumán y del Azúcar*, tomo II, El Ingenio. UNT, Tucumán, 1986.

controlaban la tecnología más avanzada de entonces, bajo relaciones sociales de patronazgo o esclavitud. En estas condiciones, las imágenes del PROGRESO no podían encender la imaginación de los de abajo. La ley núm. 582, de "Conchabos", del año 1888 en Tucumán, establece: "Los jornaleros y sirvientes prestarán fidelidad, obediencia y respecto a sus patrones y ejecutarán con diligencia las labores y órdenes que les impongan . . ." (art. 51)⁴. El mito del PROGRESO intentaba el salto a la Revolución Industrial con relaciones sociales antiguas. No había obreros y empleados, sino jornaleros y sirvientes. No había igualdad constitucional, sino fidelidad, obediencia, respeto y diligencia de unos para con los otros. Finalmente, para que el PROGRESO llegara a ser tal, el patrón no podía ser un burgués industrial en el sentido clásico europeo: "El patrón es un magistrado doméstico, revestido de autoridad policial para velar por el orden de su casa . . ." (art. 37).⁵ Es un juez y policía, pero no en una fábrica sino en una casa, entendida como finca señorial. Que la fábrica todavía se llame casa, y la autoridad no sea empresarial sino *doméstica*, indica que la utilización del viejo lenguaje se practica para igual función pero en una realidad distinta. El PROGRESO maquinista aparecía en escena vestido de amo feudal.

Trabajadores de ingenio y surco (entonces no se diferenciaban fácilmente), contestaron con la utopía de la LIBERTAD. No había más que el azúcar y sin embargo no quedaba más que escapar del azúcar. El que se fugaba era un criminal, y el que se quedaba era un posible criminal, porque podía fugarse. La utopía de la LIBERTAD maduraba, pero sin enriquecerse en imágenes, en símbolos, en trazos socioemocionales. El instrumental visible de esas leyes eran las cárceles, los cepos de ingenio, las "barras", policías privadas y públicas, comisarios locales, capataces, jueces de la familia de los propietarios, trabajos forzados en obras públicas, más un número determinado de azotes para los que se fugaren. El mito superior del PROGRESO —la fuente ideológica de la acumulación—, no aparecía por abajo más que como REGRESIÓN general de las condiciones de existencia. La utopía se enfrentaba al mito con una

⁴ Ostengo de Ahumada, A. M., *La legislación laboral en Tucumán. Recopilación ordenada de leyes, decretos y resoluciones sobre derecho del trabajo y seguridad social. 1839-1969*. UNT, Instituto de Derecho del Trabajo. tomo I, Tucumán, 1969, p. 66.

⁵ Ostengo de Ahumada, A. M., *op. cit.* p. 64.

fuerza descomunal; aunque ciega, sin entender aquélla la fuente de la existencia del PROGRESO, considerándolo irracional, fuera de toda armadura lógica; aparecía bajo el rubro de la LIBERTAD.

Pero el PROGRESO, la visión maravillosa del futuro asentado en el azúcar, para ser verdaderamente eficaz debía convencer, subyugar la imaginación de las masas trabajadoras. Ello no fue posible y fueron creados entonces, casi naturalmente, los mitos etiológicos, represivos. Es el caso de "el familiar" en los ingenios Lules-Santa Ana, con la iconografía del perro-lobo-oveja-serpiente negra, todos, según el caso rondando la noche estrellada del ingenio, mordiendo hasta tragarse al peón rebelde, al obrero contestatario; habitando en los sótanos de la fábrica o en los depósitos donde se acumulan las bolsas de azúcar. Esto no es sino uno de estos sistemas ideológicos organizados bajo la apariencia de fábulas, pero con la realidad dramática que sólo puede otorgar el final físico de una existencia. Mitos como estos prolongaron psicológicamente el instrumental de las leyes de conchabo.

"Un mapa del mundo que no incluya la isla de Utopía no merece siquiera una mirada. . . El progreso es la realización de la utopía. . .", escribía Óscar Wilde.⁶ Sólo que en el azúcar, el PROGRESO nacía como realización de un mito de élite, y por ello toda utopía tenía que empezar por la destrucción del PROGRESO. El significativo llamado "progreso" en el caso de Wilde está unido a la utopía de los de abajo; en el del azúcar norteño al mito de los de arriba. Por ello contenía dos significados opuestos. Si la utopía debía nacer renegando del PROGRESO como devenir, entonces se trataría de volver atrás, como los rompedores de máquinas de los comienzos de la Revolución Industrial en Inglaterra. ¿Pero atrás adónde? No había Edad de Oro; el tiempo no podía ser concebido como nostalgia, ni como pasado edénico aun cuando estuviese irremediamente abolido. No podía derogarse aquello que no había sido pensado. Las élites, predominantemente francesas, liberales o europeizantes para el caso de las nativas, negaban a cada instante a la iglesia su participación en los negocios privados y públicos. En los ingenios no existía iglesia ni domingos. Es decir tam-

⁶ Citado por Finley, M., *Uso y abuso de la historia*, traducción Antonio Pérez Ramos. Barcelona, Editorial Crítica, 1977, p. 294.

poco había futuro escatológico, paraíso, o esperanza de salvación.⁷ Sin ideario, la utopía azucarera mordía las raíces de la vida práctica. Hacia atrás no podía darse el sueño agrario de la Edad de Oro, hacia adelante se renegaba hasta la exasperación del sueño técnico de los utopianos. Pudieron acercarse al espíritu arcádico en cuanto a ignorar el trabajo, mas eso era imposible de pensar en el trajín de la Revolución Industrial. Sería tanto como ver en el trabajo un valor formador, tal cual aparece en la isla de Moro. Tampoco estos miles de peones tenían a alguien que les repitiera "Y el Señor Dios tomó al hombre que había creado y lo colocó en el Paraíso para que lo trabajara y lo cuidara" (Génesis II, 15).⁸ De haberlo oído, sencillamente no lo hubiesen creído.

En el azúcar norteco del último cuarto de siglo, no hubo forma de establecer la diferencia entre trabajo feliz y penoso. Todo deseo utópico debía pasar al margen del trabajo. Hacia atrás, en el retorcido dorado, el trabajo obedecía al impulso del corazón; hacia adelante, en la isla de Moro, el trabajo estaba en función del cuerpo y el espíritu, moderado, conforme a la razón y exento de fanatismo. En la utopía azucarera en cambio, el trabajo ocupa a su vez un no-lugar. "Están obligados a tomar conchabo. . . , las personas de uno y otro sexo, que no tengan renta propia ni ocupación lícita que provea su subsistencia y las que esta ley clasifica como vagos" (art. 1º).⁹ Desde entonces, todo indio o criollo en el norte fue "vago". La necesidad creaba un lenguaje y éste recreaba un mundo. Los hombres empezaron a separarse no en propietarios y desposeídos, sino en laboriosos y "vagos". Desde el mito del PROGRESO, la LIBERTAD era observada como la utopía de la VAGANCIA. Los trabajadores no sólo habían sido, eran y seguirían siendo otra cosa que "vagos". El PROGRESO se cargó de valores positivos (laboriosidad, constancia, ahorro, meticulosidad), mientras que la LIBERTAD pasó a calificar su contrario. Sólo faltaba que los pro-

⁷ El Decreto S/N de 1860 dictado por el gobierno de la Pcia., exceptúa a peones y capataces de los ejercicios doctrinales durante la zafra. En 1879 se repite la excepción pero sin límite de tiempo, fundado ello en que la industria azucarera significa "la riqueza pública de la provincia" (Decreto S/N 14/3/1879 en Ostengo, *op. cit.*, pp. 279-280).

⁸ En Moreau, P. F., *La Utopía. Derecho natural y novela del Estado*, traducción de Irma Silberstein. Hochette, 1986, pp. 27-29. Buenos Aires, Argentina.

⁹ Ostengo de Ahumada, A. M., *op. cit.*, p. 61.

los productores utópicos creyeran en eso, comenzaran a descreer de sí mismos, para conducir a una catástrofe. Ello no ocurrió entonces, pero parecería insinuarse un siglo más tarde.¹⁰

En el lejano pasado, la Edad de Oro, no hubo organización; hacia adelante, en Utopía, la organización será la garantía de la felicidad. La utopía azucarera es un presente donde el sistema se reduce a planear las fugas. La policía lleva un registro llamado de "Jornaleros Prófugos", con fecha de fugas y deudas de los jornaleros al patrón.¹¹

La utopía azucarera no corresponde, ni al sueño dorado de la espontaneidad, ni al sistema armónico como el de los planetas a cuya semejanza se diseñara la Ciudad del Sol, ella es una Libertad seca, a rajatabla, sin futuro ni pasado, sin programa ni expectativas. Una excrecencia de un modo de producir fabril-esclavista.

El devenir escatológico tampoco cuenta como tiempo simétrico a la Edad de Oro, como espera milenarista o esperanza de reconciliación que abarque el universo entero.¹² Para estos peones ni siquiera es posible denunciar al mundo corrupto y esperar los acontecimientos con una conciencia de crisis prolongada. Se trata de una orfandad de ideas, sueños y proyectos de una dimensión sobrecogedora. "... mientras exista la propiedad y sea el dinero la medida de todas las cosas, no será posible (...) gobierno justo ni nación feliz".¹³ Los "vagos" o presuntos vagos de 1888 no pueden imaginar que la propiedad sea el origen de los males. Quizás hubieran calculado que en la caña estuviese el propio mal, como los obreros ingleses lo veían en las máquinas. No hay escapatoria; la Libertad es un *infierno*. Son peonadas con una mundivisión asentada en dos siglos de vida en haciendas. Si en éstas existía una utopía, no debió ir más allá de la tierra y el dinero resultante de su trabajo. Ese era el esqueleto de un gobierno justo y nación feliz. El ingenio se transformó en una plantación al estilo caribeño con conciencia campesina medioeval. La Utopía necesitaba aniquilar al PROGRESO. La zafra casi no tuvo fiestas, no había qué cosa fes-

¹⁰ "Aquí necesitamos un Bussi que nos haga marcar el paso", frase relativamente generalizada entre empleados públicos. Tucumán, 1990.

¹¹ Ostengo de Ahumada, A. M., *op. cit.*, p. 62. (art. 16).

¹² Moreau, P. F., *op. cit.*, p. 37.

¹³ Moro, T., *Utopía*, traducción de Joaquín Castañares. Buenos Aires, Marymar, 1977, p. 47.

tejar. Cuando la tuvo, fue impuesta y preparada como una función del PROGRESO: "la fiesta de la zafra", urbana, teatral, con una reina y autoridades provinciales, pobre en imágenes, desapareció sin pena ni gloria.¹⁴ A lo más a que llegó fue a la celebración de su clausura, con el arribo de la última carrada de caña al ingenio: "la quema del muñeco". De la grúa del ingenio se colgaba un muñeco confeccionado de maloja y vestido con los "atributos" del pelador de caña: ropa sucia, machete, etc. De ésta colgaban también los sentenciados. Al más trabajador de los peones, se le solicitaba regalase sus ropas para tal acto. El administrador del ingenio era el encargado de prender fuego al muñeco.¹⁵ Moría el más laborioso de los peladores, por mano del administrador. La Libertad significaba deshacerse por fin del trabajo de la caña, en la muerte o el incendio.

La LIBERTAD ni se enriqueció ni se empobreció. Cada vez más necesaria, y toda vez más imposible. No había adónde escapar. Los peones podían fugarse de una explotación a otra, de una fabril a otra rural. Sin embargo, en la fabril había la posibilidad miserable de algún goce urbano: el carro con prostitutas, el ron a mansalva al final de cada quincena, el juego prohibido. . . Un goce teñido de imbecilidad espiritual. Los contingentes indios que desde los bosques del Chaco llegaban en cada zafra al ingenio, sabían que esa era la brutal y sin embargo atractiva diferencia. Sólo bastaba que ello se sumara al utopismo.

El escritor español Vicente Blasco Ibáñez, describe la utopía urbana que, los propietarios ingleses del ingenio La Esperanza de Jujuy, ofrecen a los cuatro mil indios llegados de la selva. Los jefes y personajes importantes de cada tribu se cubren con sombreros viejos y levitas de desecho, ostentando majestuosamente los andrajos. La máxima aspiración de los jóvenes es llegar a poseer una

¹⁴ Rosenberg, T., *op. cit.*, p. 72.

¹⁵ *Idem.*, p. 72. Cuando aún no existían grúas y la "levantada" de la caña se hacía a mano, se construía un arco del que se colgaba al muñeco y se repetía la operación. El último ingenio en donde esa fiesta se realizó fue "La Providencia" hacia 1951 (*Idem.* p. 73). La "fiesta de la zafra" fue creada por ley provincial en 1941. La Comisión Ejecutiva organizadora era presidida por una Comisión integrada por el Min. de Hacienda, dos industriales, un representante del comercio, uno por la cultura provincial, dos cañeros, un senador, un diputado y ningún obrero (*Ostengo, op. cit.*, p. 281. Ley núm. 1882/1941).

chaquetilla militar con botones de metal brillante, y las mujeres adquirir en la proveeduría pañuelos de colores brillantes. Una tarde por semana el ingenio les reparte alcohol industrial para que se emborrachen. El mito del PROGRESO es en tanto monopolio de los propietarios. Esa noche en la casona del ingenio, todos los muchachos ingleses vestidos de smoking danzaban la *jiga* con ruidoso taconeo, circulaban las bebidas inglesas bajo las potentes lámparas de luz eléctrica que, alimentadas por la fábrica, "quebraban sus rayos en la plata de los objetos de mesa y en los dorados marcos de la estampas, que representaban escenas de caza en los condados de Inglaterra".¹⁶

Hacia 1896 se suceden dos fenómenos simultáneos y concurrentes, se completa el mercado capitalista de trabajo en el azúcar, y estalla la primera crisis nacional de superproducción. El primer fenómeno había sido posible por varios mecanismos, pero sobre todo por uno extraño a la evolución latinoamericana del azúcar: la fijación de mano de obra mediante la entrega al trabajador de un lote de tierra de hectárea, a hectárea y media de extensión. El minifundista cañero representaba el original ensayo tucumano del tránsito desde el peonaje al proletariado. En cambio, el camino del latifundio cañero nacía en Salta-Jujuy de forma pura, expedita, siguiendo las líneas convencionales del azucarero latinoamericano. Era el paso periódico de las tribus desde la selva a las llanuras de caña, desde los miserables niveles de vida de la comuna primitiva a los beneficios unilaterales que obtenían los caciques en las fábricas. Pero en los clanes esto no creaba condiciones para la utopía de la LIBERTAD. Aquí la libertad existía, como en la comuna, aun bajo la presión titánica de miserables excedentes, de los estragos sanitarios, más el componente nuevo de la desaparición forzada de los recortes sobrevivientes de la antigua cultura; con sus formas típicas de envilecimiento y pobreza creciente, al estilo de la dominación colonial blanca durante la edad moderna. Así se completó en las dos provincias el mercado capitalista de trabajo. En estas tribus podía sobrevivir la vieja Edad de Oro como entre los Tobas, sin molestar a sus nuevas condiciones laborales. El fin de la zafra reintegraba a los clanes a su antiguo modo de existir y pensar. No

¹⁶ Blasco Ibañez, V., *Argentina y sus grandezas*. Madrid, La Editorial Española Americana, 1910, pp. 646-648.

tenían utopías sino mitos, y con éstos les sobraba para soportar la humillación de la zafra, retornando luego a la libertad en la miseria.

2. SEGUNDA FASE (1896-1943)

Las etapas socialistas (huelgas de 1904 a 1907), y a partir de 1916 radicales anarquistas simultáneamente, obran ideológicamente en forma disímil respecto a la utopía. Reaparece el futuro, la idea de Moro de que no existirá nación feliz mientras subsista la propiedad privada;¹⁷ que no puede haber verdadera legalidad mientras los peores, los menos, los holgazanes mantengan el poder.¹⁸ Con el anarquismo, el rechazo a la fórmula sobre las reformas sociales puede mitigar el mal, pero nunca restablecer la salud.¹⁹ En el caso del socialismo radicalizado de principios de siglo, existe la certidumbre de que una remodelación moral del mundo sólo podrá darse mediante una remodelación social de las formas de propiedad y distribución. La Utopía vuelve a ser otra vez un desencuentro con el mundo real, una reacción casi física a la mezquindad y a los peores valores morales, constituídos en valores generales de la humanidad.²⁰

Sin embargo, la Utopía incorpora progresivamente —y a partir de las crisis de superproducción— el mito del PROGRESO de las élites. El mercado es tan estrecho, la ciudad tan lejana, el norte tan desprotegido, que la ciudad utópica subsume el diseño de la única posibilidad conocida frente al atraso: el ingenio. Esta paradoja embebe la psicología social de obreros y peones. Y así como toda utopía es urbana, el urbanismo utópico del ingenio se acerca en algunos aspectos a "La Ciudad del Sol" de Tommaso Campanella. Fortaleza amurallada pero no en una isla sino en un territorio continental rodeado de enemigos;²¹ planta circular²² o radial en torno de la fábrica; edificaciones alineadas como en las ciudades holande-

¹⁷ Moro, T., *op. cit.*, p. 47.

¹⁸ *Ibid.*, p. 47.

¹⁹ *Ibid.*, p. 48.

²⁰ *Ibid.*, p. 14.

²¹ Campanella, T., *La Ciudad del Sol*. Prólogo de Rodolfo Mondolfo. Traducción de Segundo A. Tri. Buenos Aires, Editorial Losada, 1953, p. 29.

²² *Idem.*, p. 27.

sas;²³ finalmente una ciudad de hierro a la que se accede mediante una puerta-puente. En el ingenio de Santa Ana, durante décadas se habló de las puertas de acceso al ingenio y colonias, y de las horas de su cierre y clausura. Equivalía a una ciudad industrial amurallada con chimeneas en medio del campo. Al obrero despedido por rebeldía, tuberculosis u homosexualidad, se lo sacaba en un carro con su familia hasta la puerta límite del ingenio ("sacar el carro"). Una "Metrópolis" a la Fritz Lang, pero rodeada de cañaverales.

Esta impronta sicológico-ideológica por la que la Utopía manifiesta el esquema urbanístico del ingenio, tiene una energía asombrosa. La iconografía de la sociedad futura ya existe, se vive sobre ella. Al PROGRESO se lo puede ver en su carnadura. Pero la forma no es sino la forma de un contenido. La figura de la LIBERTAD es una chimenea en medio de un campo verde.

A través de los íconos se llega a las ideas, sólo que éstas no son independientes de los significantes que le dieron realidad. El hoy es parte del futuro. La organización, el trabajo, la felicidad, no pueden separarse de la fábrica de azúcar. El tiempo empieza a ser concebido como presente. La realidad tecnológica reemplaza al sueño técnico. La libertad está encadenada a la predestinación: en un lugar azucarero no hubo, no hay, ni habrá otra cosa que ingenio. La Utopía queda signada por los datos cósmicos. Se parece más bien a la escatología del Nuevo Testamento. Después de la separación entre alma y cuerpo, el alma se presenta ante Dios, quien realiza el juicio particular. Las almas que mueren en pecado mortal son condenadas al *infierno*; las de los justos reciben la recompensa del *cielo*; los de pecados veniales o leves irán al *purgatorio*. Del territorio infernal de la primera fase, la utopía pasa al purgatorio en la segunda. De todos modos llegará el juicio universal donde los muertos resucitarán y Jesús promulgará la sentencia que dio a cada uno en el juicio particular. El ingenio es la sentencia en el juicio final y no hay cómo escapar a él. El "mundo feliz" no podrá darse sin el drama de existir bajo las chapas de un ingenio.

Si en la primera fase la LIBERTAD no tiene definición visual, en la segunda es un ingenio. La primera es la protohistoria utópica: allí el ideal campesino de la tierra se rompe como un espejo en la

²³ *Idem.*, p. 29.

multitud de pedazos del minifundio. En la segunda fase es obvio que el minifundista no sabrá cómo vivir sin un ingenio; en todo caso una nación feliz pasa por la existencia de una justa fábrica de azúcar. Para algunos obreros de este momento, la Utopía se acerca a la isla de Moro; para los pequeños cañeros no va más allá de obtener un precio halagüeño de la caña, sin la pregunta de si ello pudiera relacionarse con una fisonomía distinta de tenencia de la tierra; para la mayoría de los obreros la libertad es la confianza ciega en los caudillos conservadores, sin dejar por ello de comprometerse con revueltas salvajes contra el mismo orden "cascarudo". En medio de una productividad anárquica, mal distribuida y con levantamientos, lo único estable es una fábrica.

Los datos sicológicos de estos peones bordean la indiferencia, la desazón anímica y la concentración de anhelos en el embudo del alcohol y la promiscuidad. El incesto es tan común en las zonas azucareras, como la sexualidad con infantes o los embarazos prematuros de las adolescentes.²⁴ Los *vagos* son ahora *viciosos*, y se sienten como tales sin perder los rasgos de un ejército laboral. "Los peones están disciplinados, como si formasen un ejército . . . Únicamente los domingos, cuando hay bebida, guitarreo y baile, surgen entre ellos reyertas", escribe Blasco Ibañez de los trabajadores en los ingenios tucumanos. Para él, esto no es diferente a Europa, pero "lo típico y original es la insensibilidad de estas gentes, parcas en palabras e inaccesibles al dolor, como si careciesen de nervios. Las heridas para ellos no tienen gran importancia".²⁵

Ante la inmadurez de esta clase obrera, carente de definición propia (proletaria por definición, pero campesina por el medio en el que se inserta), la LIBERTAD pareció abarcar la utopía socialista del aumento salarial, el jornal de los 4.20, la lucha contra las proveedurías, y concluir allí. En el caso del anarquismo, la utopía se cierra en el escarmiento audaz a la fábrica individual o al capataz con nombre y apellido.

Se clausura toda extensión de la LIBERTAD, pero en su lugar no se desarrolla la topía de la independencia. Ya sea porque los recursos ideológicos no fuesen suficientes, ya porque quienes propug-

²⁴ De ello dan cuenta espantados, los numerosos visitantes ilustrados de las élites. Por ejemplo Bernardes, M., *La Nación en marcha*. Buenos Aires, 1904.

²⁵ Blasco Ibañez, V., *op. cit.* p. 629.

nan la topía suelen ser inmigrantes que hablan en un medio criollo-semiindígena donde todo lo extranjero se confunde con lo dominador.

En las capas campesinas pobres, entre minifundistas, en las masas de peladores del surco, entre nativos y golondrinas de provincias vecinas, la LIBERTAD pasó a ser otra vez la PROPIEDAD. Que la tierra fuese la imagen ideo-sicológica, contribuyó a definir su perfil, incluso creando formas de independencia como el surgimiento de un Partido Agrario, expresión política original de campesinos chicos y medios. Pero ello se complicó entre las masas de peladores con el nacimiento de la imagen de la PROPIEDAD minifundista.

La posibilidad de una salvación con apenas un pedazo de tierra, y no con una extensión racional; la creencia de que ello debía salir de las tierras fiscales —inexistentes ya por otra parte—, y no mediante una reforma integral de la tenencia de la tierra; ocupó a un sector de orificios de la muy acribillada imagen de la propiedad, con una argamasa de topías estrechas, como a un tanque al que se le cubren los agujeros para que no pierda tanto, pero que por los que quedan sale de todos modos el líquido y a mayor presión. La PROPIEDAD se transformó de topía de la libertad, en panacea de la servidumbre que conlleva la más estrecha necesidad.

La movilización y efervescencia de estas masas durante la década de los veinte fue de tal magnitud, que impregnó toda la actividad social e ideológica de Tucumán. El Laudo Alvear de 1927, un escalón significativo de este movimiento, colocó la iniciativa campesina en el cenit de su historia norteña. De todos modos, se alcanzaba recién, lo que los arrendatarios cubanos ya habían obtenido hacía décadas: el "50 y 50" para fábrica y cañero en la repartición del precio final del producto. Más allá de ese instante, el movimiento se desarticula, el Partido Agrario se llena tanto de vacilaciones como de grandes plantadores, hasta que la iniciativa se pierde totalmente a finales de la década siguiente.

Durante la década de los veinte, la imagen mítica del PROGRESO ya no sirve. O por lo menos no en su lectura original. La imagen se complica agregando la categoría de CRISIS. Aumenta su poder escatológico: ahora tan sólo hay que soportar la crisis, para que en el futuro sea el progreso. El PROGRESO se alcanzará cuando los poderes públicos se decidan de una vez y para siempre a ayu-

dar a la industria. Las élites azucareras declaran aquí y allá, que la CRISIS es resultado de que el litoral se desinteresa por el norte. Yrigoyen y socialistas atacan a la "oligarquía" por el precio del azúcar, ésta responde que por ella viven cien mil familias que de lo contrario morirían de hambre. La CRISIS asume el nuevo valor de NACIONALIDAD. La "oligarquía" se convierte en la clase *más nacional* del norte por su defensa de la única industria. Radicales y socialistas quedan encolumnados por lo tanto en la *oposición antinacional*. El golpe de 1930 fue festejado largamente. El general Uriburu era un salteño de familia azucarera, y ahora el PROGRESO no quedaría desprotegido. El 6 de septiembre fue sentido como un verdadero acto revolucionario del norte argentino, que irrumpía en la Casa Rosada con un presidente y un ministro de Educación: el Dr. Ernesto Padilla, abogado de ingenios y él mismo descendiente del ingenio Mercedes. Con la "Revolución" se alcanzaban las orillas del PROGRESO. Más que del petróleo, se la veía casi como una gesta nacida del azúcar. Las chimeneas apuntaban como cañones. El mito se calzaba botas y abrazaba las armas. Dejaba los lamentos y las acciones laterales y marchaba al frente. Guillermina Leston de Guzmán, propietaria del ingenio Concepción, presidía la sección femenina de las Legislaciones Cívicas de Tucumán, pero la NACIONALIDAD pasó a ser fascismo.

La crisis económica de 1929-1933 no sólo no afectó al azúcar nacional, que recibió del nuevo gobierno la protección más enérgica, sino que además perfeccionó las imágenes. Lejos de ser abandonada, la *crisis perpetua* calificó a un grado sorprendente la letanía de las *pérdidas continuas* de los industriales. Las masas obreras de fábrica y surco vieron sus condiciones de existencia caer a los niveles de principios de siglo. Se crearon bolsones de ideas de Libertad, en pequeños grupos opositores, enérgicamente reprimidos. Por lo demás con utopías más o menos concretas: cambiando de manos los ingenios se alcanzaría la felicidad.

3. TERCERA FASE (1943-1955)

Pareció más bien una erupción repentina. En 1943 la iniciativa de las masas obreras de ingenio despertó, con la energía formidable, del gran letargo acumulado. Desde 1944 hasta las elecciones na-

cionales de febrero del 46, las formas de su expresión iban en tantas direcciones, y con una espontaneidad tal, que nadie podía augurar exactamente lo que pasaría.

Desde la Secretaría de Trabajo se concedió a estas masas, un topismo exacto y único hasta entonces en el largo siglo de existencia del azúcar: salario básico, jornada de 8 horas, vacaciones pagadas, aguinaldo, fin de las proveedurías, obras sociales, jubilación, escalafón. . . Parecía desaparecer totalmente el terreno para el utopismo, y sin embargo no aparecía con claridad el terreno para la independencia. Estas masas habían obtenido mucho más de lo que ideológicamente estaban en condiciones de exigir. Caía desde arriba, un mito cuasi religioso. El "17 de Octubre" se convirtió en "San Perón", y en el rito de la Plaza de Mayo se reactualizaba año tra año la vitalidad del mito. Por primera vez el mito descendía de las altas clases azucareras, para ser elaborado por las propias masas trabajadoras. Algunos ingenios rescataron a su vez el mito, tratando de quitarle su lectura uniclasista. El propio líder estaba convencido de que su imagen debía caber en toda la sociedad, y no en una sola parte, por más mayoritaria que ella hubiese sido.

No fue suficiente sin embargo, que se cumpliera la función mítica de tranquilizar al hombre. En 1948 y 1949 se repitieron en Tucumán, pero en gran escala, elementos de los estallidos de 1944.²⁶ En la huelga general del 49 —la más grande de la historia del azúcar—, obreros y peones del surco se enfrentaron durante más de 30 días contra: los ingenios, la Secretaría de Trabajo, e incluso contra Perón, en nombre de Perón. Podía decirse que el mito de la personalidad de un hombre se cerraba. No obstante, ni lograba tranquilizar, ni legitimizaba el estado de cosas existentes. El mito se desmitificaba a sí mismo en un terreno de máximas complicaciones, variables y caminos divergentes. Las masas azucareras de estos meses nunca se sintieron más lejos del mito de Perón, pero tampoco más peronistas como hasta ese instante. La paradoja no podía ser más abrumadora. Su peronismo era la topía de las conquistas sociales, pero sobre todo era el acercamiento a su independencia, a la comprensión de sus fines propios, de la fuerza, de la capacidad de decidir de manera propia. Habían dejado de necesi-

²⁶ Rosenzvaig, E., *Tucumán, crisis de un modelo y modelo de una crisis*. UNT, Tucumán, 1988.

tar el mito de Perón para ser más peronistas que nunca. Ello duró sin embargo hasta el fin de la huelga, desde donde fueron barridas las direcciones. A partir de allí, el ideografismo utópico-mítico volvió a complicarse.

4. CUARTA FASE (1955 a la actualidad)

A fines de la década de los cincuenta, las élites industriales completaron su imagen, sintetizada ahora como PROGRESO-CRISIS-FIN. El "fin de la industria", la crisis "ha tocado fondo". No por grosero, fue menos eficaz el caleidoscopio con tonos grises y sombríos de industriales reducidos a la limosna, mendicantes de ayudas estatales aniquilados por la indefensión. No eficaz por lo creíble, pues las masas trabajadoras no podían reconocer como válido un fenómeno que veían exactamente a la inversa, sino por lo que preanunciaba. Un plan donde moría toda reinversión en la industria, donde los beneficios se fugaban hacia la compra de tierras, las finanzas, las inversiones en otras industrias del litoral. Decenas de ingenios quedan desde entonces, y cada año en lo sucesivo, en condiciones de no volver a producir. Se perfeccionará con ello hasta el límite el ritual de la mitología del FIN, como variante última del PROGRESO.

En cada zafra, y hasta el día de hoy, la industria amenaza con no moler y para siempre, sólo hasta que lleguen los poderes públicos y contribuyan con lo necesario para iniciar la cosecha. El rito tiene, con esta repetición incansable, la función de inculcar el sentido de inevitabilidad del mito. El rito se graba sin necesidad de explicaciones, de razonamientos. Todos los años la molienda no empieza. La inevitabilidad del FIN se comprueba en el ritual. La bandera de los centenares de miles de familias en la indigencia, se coloca en el extremo del mástil mítico. "No olvido la escena que se repitió en Lules y en San Pablo, al ver pasar los peones con pala al hombro y de regreso del trabajo, a la tarde. Al verlos papá, decía que los envidiaba, porque iban tranquilos con la seguridad del jornal ya ganado en el trabajo, en tanto que los dueños sufrían

la terrible zozobra de no saber cómo pagar a ellos y cómo atender la propia subsistencia".²⁷

Se diría que es un absurdo buscar un ritual en una actividad industrial, sin embargo, esa lógica interna del proceder mítico es la que otorga inconfundible veracidad a la propia imaginiería. No buscamos el rito. El rito existe.

Durante la administración Frondizi, el dramatismo de ese fenómeno se volvió exasperante. Las masas campesinas libraron las últimas grandes luchas. Las clases obreras de los ingenios parecieron recuperar por un momento la vitalidad independiente del 49. No necesitaban de utopías. El anuncio del cierre de dos ingenios estatales, y el precio industrial de la caña, fue contestado con el movimiento de miles de hombres de las campañas hacia la ciudad, gritos destemplados y decisión para acciones desesperadas. Los gobiernos retrocedieron, hasta que, en 1966, el general Onganía decreta el cierre de once ingenios tucumanos con una sola firma. Industriales y gobiernos de Tucumán habían hecho todo para ello. En medio de la crisis de superproducción, el gigantesco ingenio Ledesma de Jujuy, exigió igual solución en el gabinete de economía nacional.

Ciudades-fábricas enteras se convirtieron de la noche a la mañana, en pueblos fantasmas. Se disolvía el urbanismo utópico. Caían las murallas. Los galpones se vaciaban, las chimeneas quedaban sin humo en medio del campo. Con ingenios destruidos no hay cómo imaginar el futuro, porque éste tiene la iconografía precisa de las chimeneas humeando. Doscientos mil tucumanos fueron al éxodo. Los industriales no habían mentido, el FIN se cumplía. Sólo que el FIN había sido buscado, para ahora caer sobre miles de trabajadores, y sobre ellos también una represión indiscriminada ante un posible foco "subversivo". Entre la desorientación y el pánico al cataclismo, algunos trabajadores volvieron a desempolvar sin saberlo, la imagen primitiva del PROGRESO. Abrazaron el mito de los industriales, como un salvavidas desinflado en medio de un huracán, y lo convirtieron en Utopía. Le dieron otro nombre: REAPERTURA.

Otro sector intentó mantener la independencia. Pero la derro-

²⁷ Se refiere al propietario del ingenio Mercedes. Carta de Ernesto Padilla a su hermano. En Furlong, G. (S. J.), *Ernesto Padilla, su vida y su obra*. UNT, Facultad de Filosofía y Letras; p. 667. Tucumán, 1959, Argentina.

ta que sufrieron con el golpe militar de 1976, los devastó. Gran parte de las direcciones peronistas de la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA) de 1973 —más de cien dirigentes—, desapareció, no virtual, sino en forma corpórea. Las consecuencias ideológicas de la derrota se prolongarían hasta la fecha.

Abandonado el infierno de la primera fase, el Purgatorio de la segunda, ahora la Libertad, vestida con el uniforme del PROGRESO, entraba en el CIELO. Pero con una condición expresa, el Cielo no es eterno ni infinito, más bien es breve, porque lo inevitable es el juicio del FIN. Se trata de una utopía conformista con una estrechez inigualable. La Libertad consiste en conservar lo existente hasta tanto llegue lo irremediable, la fase terminal de la industria. La Utopía es no respirar demasiado fuerte. Para miles de desocupados, la libertad se convirtió en ocupar las villas miserias de Buenos Aires. La Libertad pasó a ser el abandono para siempre de la utopía azucarera de la libertad.

Para los que se quedaron en las once ciudades-fábricas disueltas, las chimeneas sin humo empezaron a verse primero imperceptibles, luego en forma decisiva, como la Edad de Oro. El humo y el hollín como el retorno a un pasado idílico, de trabajo estable. Miles perdieron la esperanza de trabajar y otros tantos el deseo de hacerlo. En esta curiosa trayectoria del azúcar, la Edad de Oro nacía después de la Utopía. Moro antes que Hesíodo. La Libertad se convertía en la ambición de acceder al mito de las élites. Las viejas y herrumbradas clases del azúcar transformaban sin esfuerzo su propio mito en utopía de las masas. El mundo se invertía. Los que sufrían eran los privilegiados; los miserables tenían la libertad de habitar las villas. Como en "El asno de oro", la vida debía ser contemplada por los ojos de un burro para poder ser comprendida. Todo esto era el Cielo, es decir, la posibilidad de mantener vivo un ingenio.

Un candidato a gobernador por Tucumán de la agrupación liberal Alianza de Centro, de apellido tradicional en las élites del azúcar (Avellaneda), durante el cierre de su campaña electoral de 1983, prometió abrir "mil ingenios". Era el mito primigenio del PROGRESO ahora retornando "enriquecido" con la variante pobre de la REAPERTURA. El político en cuestión, no mencionó los "mil ingenios" en las elecciones de septiembre del 87, pero adscrito a

la candidatura del General Domingo Bussi, su discurso giró a la necesidad de "mil Bussis", para que entonces el país fuera distinto. General de la dictadura militar de 1976-1983, sobre cuyos hombros pesan varios centros de exterminio y más de ochocientos procesos, la mayoría por violaciones a los derechos humanos.

El decimonónico mito del PROGRESO, se vestía con el bizarro uniforme del ORDEN, después de haber utilizado la ropa de entrecasa de la REAPERTURA. Y si los "mil ingenios" pudieran parecer más una broma que otra cosa, los "mil Bussis", dichos con la misma seriedad, sonaron en la sociedad como algo serio. Los millares de votos a ese general en la provincia de Tucumán a fines de 1987, y en 1989, es decir al PROGRESO-ORDEN, confirmaron la seriedad del mito. Con la derrota del 76, las masas azucareras no sólo habían perdido la confianza en su propia independencia, sino que también habían convertido a la LIBERTAD en la expresión del Orden.

En las condiciones de la remodelación tecnológico-económica del mundo, líneas enteras de la industria "con chimeneas" están bajo amenaza de desaparición en el Tercer Mundo, arrasadas por los productos importados desde fábricas "sin chimeneas" (informática, nuevos materiales, productos químicos, síntesis de alimentos, etc.) en el Primer Mundo. Entre ellos quizás el azúcar. El Cielo es mantenerse, aún con la vetustez tecnológica, porque no hay cambio equivalente o es el hambre. En esta situación de remodelación, las masas trabajadoras simplemente intuyen que si hubo alguna vez una alternativa digna del azúcar, ella ya no existe. Se necesita una mano de hierro, un ORDEN altísimo, superior, casi sagrado para evitar la transformación sin salida. Perdida la utopía, no hay a qué aferrarse salvo al mito de las élites.

El mito y la utopía acaban de fundirse. Han abrazado de arriba a abajo a la sociedad con la congruente fábula del ORDEN. Por arriba con el recuerdo sacrosanto del autoritarismo; por abajo con el funambulesco tiiovivo de la desesperación en medio de la crisis. Es un momento único de la historia del norte argentino y del azúcar. Los carceleros hablan de libertad, los prisioneros exigen que el autoritarismo los golpee y les imponga lo que no se sienten capaces de hacer. Los industriales pregonan que abandonarán el azúcar, sus obreros les exigen que no lo hagan, que toda libertad pasa para que ellos sigan siendo ricos o enriqueciéndose más. Para garantizar esta operación se necesita de un uniforme militar. Todo

devenir cree ser un pasado hipotético. El militar obligará a los de arriba a ser más ricos y a los de abajo a ser más pobres pero con trabajo y un orden al que son impotentes de acceder por sí mismos. El proyecto económico liberal con charreteras es la síntesis perfecta de la disolución de la utopía de la libertad en el mito del PROGRESO. Los caminos se han cerrado para la imaginación. El rostro endurecido de un general es la plástica iconográfica de la inédita síntesis.

ABSTRACT

Sugar industry at the north from Argentina, from its origins in the XIX century, until its annihilation in the decade of the 70, is revised step by step in this paper. Connection and insertion with production systems and political life are analyzed through mythical and ideological conceptions of the participant social sectors.

In this way owners of country properties and sugar mills, and workers, face each other in the closed universe of sugar production, in which they structure and defend opposed programs and aspirations. Dichotomic interwoven ideas, myths or utopias, fight, oppose and fuse.

While for proprietors myths is based on progress, their progress, for workers the idea of liberty constitutes their utopia. This in a beginning, because later this frame transforms in total form.